

FACTORES SOCIALES DE LA CULTURA MEXICANA

Por la *Profa. Julia GARCIA.*

I

INTRODUCCION

Una de las epopeyas más meritorias de la cultura humana ha sido la de los pueblos americanos por conservar sus peculiaridades específicas frente a la avalancha, primero, de la conquista y luego a las influencias que, en forma de aluvión, han estado llegando a su suelo provenientes principalmente de Europa. México posee una riqueza invaluable de valores epistemológicos que la hacen una nación privilegiada para la integración y el hallazgo de su alma nacional.

Paralelamente al proceso histórico de fundir en el crisol del mestizaje sus nacionalidades indígenas y darle inflexiones específicas inclusive al idioma importado por los conquistadores, ha venido operándose en cuatro siglos la decantación cultural que ya nos autoriza a hablar de una *cultura mexicana*, sin olvidar que los expresiones artísticas, literarias, filosóficas o vitales jamás se dan punto de reposo, sino que están en perenne y mutable movimiento perfeccionador.

Condiciones harto positivas y factores favorables permiten de manera íntima el proceso de mestizaje cultural paralelo al étnico, cultura donde los valores morales y biológicos de la más acendrada mexicanidad se reflejen sin nacionalismos exclusivistas y suicidas y sí con la categoría universalista de toda cultura. Mas simultáneamente a esas favorables circunstancias, México resiste con heroico tesón la influencia deformadora de las expresiones culturales que quieren imponerle las fuerzas econó-

micas y políticas internacionales que distorsionan su economía, la usufructúan en su beneficio y dificultan su progreso material. Si antaño los *afrancesados* se pusieron de espaldas a la realidad social y cultural de México, hogaño existe un repudiable *malinchismo* cultural que, movido por el complejo de inferioridad, siente indiferencia y hasta desprecio por todo lo que no provenga —aun sea ínfimo en su valimiento— del extranjero, mas no seleccionando los mejores logros en hábitos, costumbres y reacciones de otros pueblos sino las peores manifestaciones de la cursilería que inficionan las peculiaridades de México.

Es obvio que tanto el nacionalismo exacerbado como el extranjerismo anti-nacional tienen su reflejo en la educación mexicana reflejándose inclusive en las postulaciones teóricas de los pedagogistas y autores o difusores de teorías pedagógicas. De espaldas a lo nacional y a las modalidades específicas de la mexicanidad, pedagogos hay que creen en las virtudes y excelencias insuperables de todo lo que provenga de Norteamérica o de Europa, frente a otros que están queriendo aislar a México de los vínculos culturales universalistas y que la nación se encierre en sus fronteras tapiándose la vista y el oído para no oír el rumor de la vida en otros países. Ambas posiciones son exactamente erróneas y suicidas.

Aprovechando las mejores y más positivas tradiciones democráticas de las ansias populares de México y orientándolas por el sendero de los ideales colectivos, México aflorará a la meta de su destino histórico pleno en el concierto de las naciones orgullosas de su pasado y luchadoras por su mejor porvenir.

Pero al mismo tiempo, los grandes y aun insolutos problemas culturales y educativos de México, demandan la cabal y auténtica universalización de la cultura, incluyendo la superior universitaria que, en gran cuantía es todavía privilegio y coto cerrado.

Paralela a la lucha contra la miseria, el hambre y la insalubridad, es la lucha de nuestro pueblo por ascender en sus niveles culturales y la demanda colectiva de un tipo de cultura y educación, que sin exclusivismos ofensivos y anti-democráticos, sin nacionalismos morbosos ni extranjería traidora, interprete las mejores enseñanzas del pasado e impulse el desarrollo material, social y cívico de México hacia el encuentro de las grandes soluciones para sus males endémicos.

Los *afrancesados* de ayer como los *pochos* de hoy constituyen manifestación emocional próxima a la traición y al desconocimiento de las excelencias humanas de nuestro pueblo.

La mexicanización de nuestra educación como de nuestra cultura, no es encerrarnos en la concha como el molusco, sino injertar en nuestro tronco vital los mejores logros de la cultura universal, forjada por hombres de todas las razas, nacionalidades y épocas como patrimonio entero de la sociedad.

El estudio de estos problemas y temas, tan vinculados a otros colaterales de sociología pedagógica, constituye el contenido de este ensayo.

II

INTEGRACION HISTORICA DE LA CULTURA NACIONAL

El eminente sociólogo brasileiro Arturo Ramos ha designado con el nombre de *transculturación* al proceso merced al cual, culturas diversas se influyen mutuamente, dando la sensación de un impacto sobre la estructura homogénea de algunas de ellas. Pero simultáneamente a las influencias recíprocas que se ejercen las culturas, como las mismas son formas de la conciencia social que se ha integrado históricamente, se transmiten formas y hábitos nuevos de vida, fórmulas emocionales ya hechas y hasta una psicología cultural que se fusiona con la propia en proceso de integración ascensional.

A la llegada del conquistador hispano a nuestro suelo, florecían culturas que habían efectuado logros notables y que inclusive ascendían en la edad de los metales y que en cronología, botánica terapéutica, industria fitotécnica, coreografía y manifestaciones estéticas, habían obtenido maravillosas realizaciones que fueron estupor del hombre blanco occidental e insospechable hallazgo. Es evidente que, algunas de estas formaciones culturales estaban en franco proceso de decadencia o estancamiento; la arqueología nos demuestra cómo monumentos arquitectónicos relevantes eran ya venerables antigüedades en el instante de la conquista.

Estas culturas pre-hispánicas eran todas, superestructuras de regímenes esclavistas de las diversas nacionalidades que moraban en el extenso territorio que es hoy la república de México.

El régimen económico-social de la España de la época de la conquista era el feudal, mismo que fue transplantado a la Nueva España, sin abatir definitivamente el esclavista, creando formas eclécticas en el régimen imperante. El indio fue esclavizado para el trabajo de los fundos

mineros, mas el repartimiento y la encomienda constituyen auténticas formas feudales de explotación de la tierra. A estas dos estructuras corresponde el nacimiento de la cultura mexicana en proceso de integración.

Idiomas y dialectos influyen sobre el español que ya se declara la lengua impuesta por el conquistador; sobre el estrato católico religioso logran supervivir ritos y cultos idolátricos de las religiones pre-coloniales y América aporta a la cultura universal un acervo de manifestaciones culturales que sólo el prejuicio occidentalista o el propio complejo de auto-menorvalía han podido desconocer o negar.

En los tres siglos de virreinato, en la Nueva España se operan las influencias recíprocas de lo indígena sobre lo hispano y viceversa. El barroco y las filigranas de Churriguera y Rivera que remodelan el arte colonial mexicano, es una palpable demostración de la integración en el ámbito nacional de una cultura que, si bien adopta la occidental hispana, no puede prescindir del alma nacional expresada en su arte so pena de negar la existencia física misma de México.

Al organizar Don Vasco de Quiroga una serie de prácticas educativas sobre industrias manuales y adiestramientos técnicos, es cierto que introduce en la Nueva España multitud de ideas pedagógicas del Renacimiento europeo, pero ellas no hubieran tenido acogida fecunda y la adhesión entusiasta que produjo tantos logros y realizaciones si no existiese la evidencia de las grandes habilidades manuales y decorativas de los tarascos.

Al advenir la independencia, es cierto que durante decenios la flamante República continúa siendo una colonia intelectual de Europa y que el mismo escolasticismo hispano tiene epígonos y mantenedores, mas las demandas de emancipación intelectual no son menos clamorosas que las demandas de tierra y desfanatización espiritual.

Sin exageración puede formularse la aseveración de que, las Leyes de Reforma constituyen una auténtica acta de emancipación espiritual de México cuya vigencia demuestra lo hondo que calaron en las necesidades nacionales.

El cuarto de siglo de la Dictadura constituyó un innegable retroceso por el afrancesamiento de la cultura y la educación sin excluir la arquitectura, el arte pictórico y el musical, la literatura y hasta los hábitos de vida de las clases altas de la sociedad. En esta etapa se detiene la integración de la cultura nacional como expresión del alma popular para importar por *snobismo* hasta las costumbres privadas de los círculos franceses que servían de modelo a la nobleza terrateniente mexicana.

La Revolución Mexicana de 1910 constituye la gesta máxima de mexicanización de la cultura nacional. Paralelamente a la lucha agraria anti-feudal y anti-imperialista, la conciencia nacional madura para integrar las formaciones culturales más autónomas y más propias. En la literatura dramática, en la novelística, en la poesía, en la historiografía y en el pensamiento científico y filosófico, en México hace eclosión el hallazgo de los propios valores.

Por vez primera en la historia republicana, el descubrimiento arqueológico y las investigaciones de la historia mexicana pre-hispánica están orientados por el orgullo patriótico de saberse herederos de un gran pasado. Este se estudia y ofrece un caudal aun inexhausto de aportes para todas las actividades de la cultura.

En el ramo de la pedagogía y sus ciencias afines, México ha venido integrando también modalidades fisonómicas propias. Es justo consignar que la escuela rural mexicana es símbolo de la realización social más eminente que advino con la Revolución de 1910.

Pero como la misma nacionalidad mexicana prosigue su proceso integrativo con los aportes étnicos indígenas y en el crisol nacional se funden todas las sangres hasta la definitiva mestización racial, así la cultura nacional prosigue su proceso integrativo reflejando los cambios operados en la estructura social y económica de México a virtud de su progreso material en que ya entra francamente en la etapa de industrialización.

En otro capítulo de este ensayo examinaremos si la actual cultura mexicana es universal auténticamente y sus beneficios se reparten equitativa y justicieramente en toda la población del país, así como también el conocer si nuestra cultura —que continúa integrándose históricamente— responde a las apetencias populares y a las tareas actuales de la nación.

III

BALANCE DE LOS LOGROS POSITIVOS EN LA CULTURA DE MEXICO

Una revista de las realizaciones culturales de nuestro país, equivaldría a una historia epistemológica o a una historia de las ideas, y ambas cosas estarían imbuídas por una interpretación idealista de la historia, tal como preconizan no pocas doctrinas historiográficas que han estado a veces en boga. Muchos continúan aún pese a la evidencia de la inter-

pretación materialista de la historia rigiéndose por meras reproducciones del pensamiento divorciado de las condiciones económico-sociales concretas en que surgieron las expresiones culturales. Es así como la historia de la cultura es una singular y peregrina crónica de las aventuras del pensamiento puro. No es así como deben ser balanceados los logros culturales de México.

Los propios avances y retrocesos que pueden descubrirse en el mestizaje cultural de México, es necesario analizarlos a la luz de los cambios económicos, sociales y políticos que se han operado en la nación en el largo viacrucis de su historia.

Sincrónicamente a las vicisitudes de la historia mexicana, han venido operándose las alternativas de nuestra cultura y reflejando con mayor o menor fidelidad los cambios de la sociedad. Este sería el método eficaz para historiar la cultura mexicana.

Las realizaciones y aportes más sustanciales de México a la cultura pueden ser apreciados en el tiempo y en la esencia misma de las manifestaciones culturales y además en las deficiencias y lagunas que aun padece el país por insuficiencias o frustraciones.

Es en la etapa de la conquista misma, cuando las culturas indígenas realizan su aporte más extenso y más hondo a la cultura mundial. Y es éste, un juicio certero y preciso de Alfonso Caso. Algo similar podríamos afirmar respecto de la plástica mexicana contemporánea. Pero independientemente de los aportes al acervo universal de la cultura, la de México ha obtenido madurez y sazón para la solución de no pocos problemas nacionales y eso constituye lo más esencial para nosotros.

Dice Caso: "... el cultivo y la domesticación de plantas y animales americanos al extenderse rápidamente por el mundo, señala, en mi concepto, la aportación más alta que hasta ahora ha entregado América a la cultura universal, y no sólo las culturas indígenas de México tienen ese honor, sino que pertenece por igual a todo el ámbito cultural del Nuevo Mundo."

En las plantas industrializables desde el tabaco al henequén, así como en la técnica minera; en la química médica como en la biología médica, la botánica mexicana ha dado aportes notables que no pueden dejar de mencionarse algunos, tal la cortisona, extraída de cactus mexicanos; en Derecho internacional público, la doctrina Estrada es norma jurídica de aceptación en las relaciones exteriores; el derecho agrario mexicano producto de su gran revolución anti-feudal y su gigantesca reforma, ha vinculado los problemas de las reivindicaciones campesinas

a normas jurídicas estables codificadas; el derecho del trabajo, modalidad aportada por el progreso industrial contemporáneo, es desde la promulgación de la Constitución de 1917 con el artículo 123, consustancial con el Estado, si bien su aplicación ha sufrido retrocesos en los últimos años; la musicografía y la coreografía; el arte moderno y el contemporáneo muralismo y las artes decorativas arrojan un saldo altamente positivo con el balance crítico más exigente; en literatura quizá sea la novelística con sus producciones fincadas en el alma popular que se volcó en la Revolución, el aporte más notable a la literatura general.

En el orden general de las actividades intelectuales, México ha logrado hondura y originalidad en múltiples actividades de la cultura: posee novelistas de gran realismo humano como Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán; poetas de emoción profunda como Salvador Díaz Mirón y Enrique González Martínez; críticos helenistas como Alfonso Reyes; científicos como Isacc Ochoterena y Graef Fernández; médicos como Ignacio Chávez; musicógrafos como Julián Carrillo, Silvestre Revueltas y Carlos Chávez; cineastas laureados internacionalmente como Emilio Fernández; deportistas olímpicos; jurisconsultos atingentes y penetrantes y como culminación, México, por su conducta internacional de solidaridad con los pueblos débiles abatidos por fuerzas regresivas, como la República Española y Etiopía, por la actuación de sus representantes oficiales en muchas ocasiones en la ONU y en la UNESCO, se ha granjeado el apoyo y simpatía del mundo democrático, siendo vista en América Latina como una de las naciones representativas de los intereses de liberación nacional y defensa de la soberanía patria.

Paralelamente a este proceso de crecimiento en varias direcciones de la cultura mexicana, se ha operado el fenómeno sociológico de la transculturación al incorporarse al alma nacional, asimilándose modalidades notables de ella, las influencias culturales extranjeras.

Las influencias francesa y norteamericana se observan notoriamente en multitud de aspectos de la cultura nacional y pugnan por invadir a veces notables renglones de la actividad intelectual: ejemplo de ello lo hallamos en la llamada pintura abstracta y artepurista de la escuela de París que tiene en Rufino Tamayo y en Carlos Mérida representantes notables.

IV

UN EXAMEN ESTADISTICO DE LAS DEFICIENCIAS CULTURALES DE MEXICO

Como todo balance implica una justa autocrítica en la que también se señalen las deficiencias, vamos a intentarlo en siguientes párrafos.

La Dirección General de Estadística de la Secretaría de Economía, aun no ha concluído la elaboración de los datos del censo general de 1950, por lo que lo más reciente en cuantificaciones estadísticas son las aportaciones fragmentarias que han venido completando, mediante censos parciales monográficos los datos que comprende el censo de 1950.

Afirmamos que logros culturales no son sólo los valores del espíritu sino también la serie de valores materiales que humanizan y superan la existencia: la alimentación, el vestido, la habitación. Existe un paralelismo inseparable entre el desarrollo cultural y las condiciones materiales de existencia.

Hace unos días, el 1º de septiembre, el C. Presidente de la República informó al país: "todavía de cada dos mexicanos uno no lee ni escribe". Quiere decir: 50% de analfabetismo. Este es el analfabetismo integral. Considérase internacionalmente que el 4º año de la primaria es el mínimo para fijar el nivel inferior del analfabetismo funcional. En 1940, el 45% de las personas dizque alfabetizadas en México no habían rebasado el segundo grado de la escuela primaria. La campaña alfabetizante emprendida en febrero de 1945 aun es deficiente. El cuadro de la deserción escolar es aterrador: de cien niños que ingresan en la escuela primaria en México, sólo 6 llegan a sexto año. En la propia capital de la República, el 30% de la población, es decir, cerca de un millón de personas no saben leer ni escribir. En el Distrito Federal 36% de los escolares llegan a 6º año, mientras que en el cómputo nacional la deserción es de 96%. El proceso de la deserción es así: de 100 niños que ingresan a primer grado, sólo llegan 55 al segundo; al tercero 31, al cuarto 19, al quinto 10 y 6 al sexto. Estos datos arrojan un 81% de analfabetismo funcional, que es el % de personas que llegan al cuarto grado y no al segundo.

Veamos presupuestariamente el panorama. En 1952, el presupuesto general federal era de 3995.949,000 pesos y el de educación de 427.773,000 pesos. ¿Qué revelan estas cifras? Que el presupuesto de educación es el 10.70% del general. El año de 1951, el presupuesto de educación fué

el 13.90% del general habiendo sido de 355.680,000 pesos. Retrospectivamente veamos que en 1937 el presupuesto de educación fué el 27.30% del general; 22.70% en 1936; más cercanamente, en 1945 fué de 16.40%. En 1950 México tenía 27,380 escuelas, es decir tan sólo para el 54.75% de todos los niños en edad escolar, es decir para 2,765,568 de los 5,050,972 del país entre los 6 y 14 años. Ello indica que aún carece de escuelas primarias el 45.25% de la población escolar, es decir, 2,285,404 niños. Eso quiere decir que México necesita 76,840 maestros primarios de inmediato.

En 1952, ya con los datos oficiales de la Dirección General de Estadística, México tenía 27.663,358 habitantes y una población escolar de 6.666,869 que hace el 24.1% de la misma; la inscripción en la nación ha sido ese año de 3.280,099 alumnos que hacen el solo 49.3% de la población escolar. ¿Qué significa ello? Que el 50.70% de los niños de México no reciben educación alguna.

Veamos la capital de la República. Su población es de 3.382,445; su población escolar de 714,000 personas de 6 a 14 años. La inscripción de este año ha sido: en escuelas oficiales diurnas: 344,077 alumnos; en las particulares 21,653 y en las nocturnas 58,428 que hacen un total de 424,158 es decir el 59.39% de la población escolar. ¿Qué indica ello? Que el 40.61% de los niños de la capital de la República, no reciben atención educativa alguna.

Podríamos extendernos en lo que atañe a la educación post-primaria, mas la índole de este trabajo nos constriñe a la rama primaria.

La mortalidad en el país en 1950 era de 15 por millar. Las enfermedades endémicas y sobre todo la desnutrición secular de nuestro pueblo, es aguda en grado impresionante, ya que la cantidad de alimentos tónicos que consume es menor que en 32 países de cultura llamada occidental. Así, por ejemplo, mientras cada mexicano consumía 9.8 kilogramos de carne al año en promedio, el argentino comía 136.6; en el consumo medio de leche por habitante, en nuestro país se consumía 30 litros al año, siendo de 450,000 litros diarios en el Distrito Federal, es decir sólo la sexta parte de la población; en Suecia o Noruega era de 300 ó sea diez veces más. Esta desnutrición secular, investigada por el Departamento de Alimentación de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, arroja el déficit en el rendimiento escolar y las deficiencias de peso en el varón según su talla media que debería pesar 59.8 kilogramos y pesa sólo 53.3, lo cual quiere decir que el mexicano medio tiene un déficit de 6.5 kilogramos.

Las cuantificaciones son porcentajes nacionales, porque si tomásemos una zona específica de carácter indígena por ejemplo, las cifras serían aterradoras y desgarradoras a un tiempo. En estos días se conmueve el alma nacional con la mortalidad por hambre de los tarahumaras y seris; el Valle del Mezquital en Hidalgo es un valle de la muerte por hambre.

Los difusores de doctrinas filosóficas negativas para el progreso social como los existencialistas e historicistas, han estado en los últimos años realizando ensayos de ontología del mexicano llegando a conclusiones negativas: es introvertido, posee estados intersexuales, es hipócrita, es un resentido, es un necrófata y un necrófilo y por añadidura es un deficiente orgánicamente hablando. Estos metafísicos sin capacidad dialéctica olvidan que el hombre es un producto de circunstancias históricas concretas y producto de los regímenes económico-sociales que lo modelan e impregnan tanto física como intelectualmente. El cuerpo como el alma del hombre no son inmutables sino secuela legítima del medio social y físico.

La hipoalimentación y la insalubridad son las máximas responsables de esas deficiencias que los ontólogos diagnostican, mas cuya etiología ignoran u olvidan.

Una singular cuantificación estadística es la que nos hace apreciar cómo habitan, duermen y visten los mexicanos. La Secretaría de Economía al través de su Dirección General de Estadística, ha estado incluyendo en los registros censales curiosos datos sobre el tipo de la habitación, el uso de la cama, el zapato o huarache.

Veamos algunos datos curiosos que nos dicen con la elocuencia de los números el nivel que ha logrado nuestro pueblo. Totalizando los datos nacionales encontramos que existen 6.60 habitantes por cama en el país; 11.05 radioreceptores por cada 10,000 habitantes; 9.25 máquinas de coser por cada 100 familias; en cuantificación total de porcentajes hay 7.967,766 moradores en 2.655,853 piezas en edificios no clasificados como jacales, chozas ni barracas, lo que hace un promedio en las zonas urbanas de 3 personas por habitación.

El uso del zapato y del huarache ofrecen cifras curiosas que también nos hablan de notables deficiencias en el standard de vida de nuestro pueblo.

La cualificación estadística arroja además un balance por analogía al hacer paralelo el proceso de pauperización del pueblo: su alimentación, su vestido, su calzado y habitación con el desarrollo de la cultura, ya que sociológicamente hablando, cultura es incorporación totalizadora a

los goces y disfrutes de los valores materiales y espirituales elaborados como patrimonio universal del hombre.

Son éstas las razones por las cuales, la UNESCO, cuya función primordial es el auge de la cultura y la educación, trata de promover el fomento integral de las zonas atrasadas económicamente, la alimentación y al habitación junto con la salubridad en extensas zonas de la tierra.

Es así como nuestro país ha concebido proyectos integrales de levantamiento social de zonas extensas como la Cuenca del Papaloapan, la Cuenca del Tepalcatepec, el Proyecto Piloto de Nayarit; el traslado demográfico del grupo de los seris de la isla Tiburón a zonas agrícolas en el Estado de Sonora, etc.

La lucha de nuestro pueblo contra la miseria y toda su secuela: enfermedades, desnutrición, ignorancia y fanatismo, es una lucha secular por el engrandecimiento patriótico de México.

De este balance fragmentariamente negativo no pueden extraerse conclusiones totalizadoras negativas, porque es necesario ver las lacras y los déficits junto a los logros positivos.

Los mismos datos estadísticos de la producción agrícola e industrial, revelan el progreso económico constante de México y ello indica objetivamente que el volumen de la producción es revelador de apertura de fuentes productivas nacionales que aumentan los ingresos fiscales y se traducen en obras públicas, comunicaciones y política sanitaria y educativa. Veamos no más tres renglones importantes de la producción agrícola. En 1946, México produjo 2.382,623,000 kilogramos de maíz y en 1951, 3.007, 600,950; en 1946 México produjo 340.441,300 kgr. de trigo y en 1951; 584.629,000 kgr.; en 1946 se produjo 138,620,020 kgr. de frijoles; en 1951 se produjo 290.298,576 kgr.; en 1946 se produjeron 342,230,600 kgr. de naranjas y en 1951 se produjeron 494.979,000 kgr.; en 1946 se produjeron 7.196,655,000 kgr. de azúcar y en 1951 se produjeron 13.267,654,402 kgr.

¿Quiere ello decir que el pueblo comió más maíz, más frijol, más naranjas y más azúcar? ¡No!

Ya estos son problemas de crítica económica que se entroncan con los sistemas sociales y la crisis mundial del sistema capitalista, estudios que por su naturaleza no caben en este trabajo.

V

LA ESCUELA MEXICANA: REFLEJO E IMPULSO DE LA SOCIEDAD

Como en la historia de las luchas sociales y concretamente del socialismo, hubo utopistas que osaban por el camino de la filantropía altruísta llegar a la transformación de la sociedad y sus imperfecciones, tales como Owen, Fournier, o el mismo Tomás Moro, en el terreno pedagógico existen también utopistas románticos que creen posible transformar la sociedad humana con sólo introducir reformas y modificaciones en los sistemas educativos.

La educación sigue y observa un curso paralelo con el desarrollo económico-social y si bien influye sobre la sociedad de manera intensa promoviendo su progreso, es evidente que resulta más su consecuencia; usando la terminología de la escuela sociológica marxista diremos que la educación es una superestructura social y por ende, producto de las condiciones materiales de la estructura.

Sentadas estas premisas, es fácil inferir que la educación en nuestro país siguió la tónica de la estructura social en las diversas etapas de la historia de México. Así fue orientada hacia la consolidación del dominio militar-teocrático en la época pre-cortesiana; hacia el dominio teológico-feudal en el virreinato y hacia la liberación del fanatismo y el logro de la conciencia libre desde las reformas de 1833, con Gómez Farías y las prédicas del Dr. Mora, en el 1844 con Baranda y hacia el paralelismo democrático-liberal en la Reforma y el auge del espíritu científico e investigativo con los positivistas, desde Gabino Barreda a Justo Sierra.

La Revolución Mexicana es la eclosión de las ansias reprimidas del pueblo mexicano no sólo bajo la dictadura porfiriana de más de un cuarto de siglo, sino de reivindicaciones planteadas y fragmentaria y penosamente esbozadas desde los proyectos reivindicativos de Morelos y los patriarcas de la ideología liberal en México.

La Constitución de 1917, recoge el pensamiento liberal y revolucionario con las naturales diferencias clasistas como emergen de los Planes de San Luis, Guadalupe y Ayala y aprovechando la propaganda y la difusión de ideas más avanzadas del Partido Liberal y las inquietudes de la incipiente clase obrera mexicana. En materia educativa la Revolución insufla sus objetivos esenciales: lucha anti-feudal, lucha anti-impe-

rialista y de liberación nacional. Es una auténtica revolución democrático-burguesa dirigida por la burguesía progresista y liberal en la que campesinos y obreros constituyen como siempre, la mano de obra del movimiento.

Y es curioso constatar cómo en el seno del mismo Constituyente de Querétaro se presenta en la discusión del artículo 3º el antagonismo clasista en el terreno de las ideologías. En dos versiones históricas del Constituyente, tales como la de Félix Palavicini y la de Juan de Dios Bojórquez, están inclusive patentes las diferencias ideológicas de lo que pudiéramos llamar el ala izquierda del Congreso con el ante-proyecto de Constitución elaborado por el Primer Jefe, Don Venustiano Carranza. La lucha entre laicismo por una parte como mera neutralidad y racionalismo o lucha activa contra fanatismos y prejuicios por otra, revela que, en el seno de la sociedad mexicana se debatían dos posturas ante el hecho religioso que desde antes de 1857, habían aglutinado a amplios sectores sociales.

Pero es la reforma agraria impulsada por la Revolución y la consecuente lucha anti-feudal encaminada a la extinción del latifundio y del terrateniente como magnate de la economía y la política mexicanas, la que impulsa la educación nacional con sentido más acendrado de mexicanidad, impartándole inclusive una modalidad nacionalista y precursora de corrientes pedagógicas europeas y norteamericanas.

Para hablar de expresiones concretas, es a partir de 1922 en que nace la escuela rural mexicana con inconfundible orientación ideológica y clara visión política. Aquí se demuestra de manera evidente el paralelismo entre el ritmo de la sociedad y sus fenómenos y el proceso de la educación como fenómeno también social. Como las soluciones a los mismos problemas de la sociedad pueden surgir en distintos países sin necesidad de elaborar una solución común, la escuela rural mexicana, máximo fruto pedagógico de la Revolución de 1910, coincide —y no nos importa la precedencia o el antecedente— con las ideas de Ferriere de la escuela activa, con las técnicas de María Montessori y con las ideas expuestas en la década del veinte por John Dewey, inclusive después de su prolongada visita de observación pedagógica a México.

El haberse erigido la escuela rural mexicana en promotora y fomentadora del progreso de la comunidad donde estaba enclavada; el tomar precisamente a la comunidad como una unidad dinámica en proceso de progreso; el participar activamente como agencia delegacional de los organismos agrarios en la titulación de parcelas, en las expropiaciones de

haciendas feudales, en la dotación de ejidos a los pueblos, en las luchas por el crédito y el agua, en la resistencia contra los guardias blancas al servicio de los terratenientes; el ser la escuela y el maestro promotores de salubridad e higienización a través de campañas y ligas, del deporte y las actividades sociales extra-escolares, en luchar contra el fanatismo y las supersticiones, brujerías y cultos rituales nocivos, coloca a la escuela rural mexicana, hija legítima de la Revolución, entre las avanzadas del Continente.

Pero además, la escuela rural mexicana es la que tiñe de mexicanidad más fecunda y dinámica a la educación nacional, al transformar no solamente las bases filosóficas en que sustenta sus fundamentos, sino su organización y sus técnicas metodológicas, no sólo del proceso educativo intra-escolar, sino inclusive lo que aparece como máxima presencia educativa en el medio, que es el impulso de la educación extra-escolar, verdadero *impromptu* de la escuela sobre el medio.

Mas frente a los optimistas sin tasa de la educación que piensan que ésta es una varita mágica capaz de transformar la sociedad por arte de birlibirloque, están los nihilistas de la educación, quienes afirman que la educación es impotente e incapaz para modificar ni en lo más mínimo la estructura social. Ambas posturas son exageradas. Ambas pecan de exceso en valorizar con justeza las posibilidades de la educación. Esta puede mucho evidentemente y su éxito esencial radica en que la educación no se ponga a contrapelo de la historia ni quiera desandar el tiempo volviendo a recorrerlo hacia atrás.

México tiene tareas nacionales actuales como son las derivadas de la necesaria industrialización del país y la mecanización y racionalización agrícolas. Paralelamente a ello, está el auge de la educación politécnica y de todas las formas de adopción de técnicas modernas.

El mismo proceso social y creciente desarrollo económico, aun contra la voluntad de los que osaran mantenerla en vigencia, arrumbaría como trasto viejo en el zaquizamí de la historia, a la educación intelectualista, libresca y academicista con vista a lo meramente humanista.

La escuela mexicana, siendo reflejo y trasunto de la estructura económico-social de nuestro país, es también eficaz gestora de renovación ideológica y coadyuva al progreso material de México.

VI

LA PUGNA CULTURAL ENTRE TRADICION Y FUTURO

El progreso social como fenómeno histórico es una lucha incesante y perenne entre lo que caduca y se utiliza por una parte y lo que irrumpe con savias nuevas capaz de impulsar el progreso colectivo. Ineluctablemente, el progreso es destrucción y construcción; muerte y nacimiento; pugna del presente en función de futuro contra el pasado.

Mas la dinámica social compele al aprovechamiento crítico y racional del pasado para la más cabal edificación del futuro. La cultura y el bienestar sociales han sido formados por aluviones provenientes de todas las épocas y etapas históricas. Los hombres no descubren el Mediterráneo cada veinticuatro horas ni extraen sus logros de la nada. El pasado es la cantera y el reservorio de todas las energías concentradas en aras de la búsqueda de la felicidad colectiva. Pretender sepultar el pasado o cerrarlo con cien llaves como pretendieron con el sepulcro del Cid los insurgentes intelectuales de la generación del 98, constituye un craso error histórico anti-dialéctico y además, suicida. Mas pretender en todo inspirarse en los moldes ya superados de lo pretérito y exhumar soluciones caducas para los problemas contemporáneos, es imitar a los paleontólogos desenterrando fósiles. Como a la mujer del Lot bíblico, el mirar perennemente al pasado suele convertir a los pueblos en piedra insensible y fría.

Urge bucear en el pasado con el sentido crítico y constructivo de valorizarlo dinámicamente en función de las necesidades y situaciones concretas que en cada etapa se confrontaron.

El fenómeno de la transculturación o mestizaje cultural se ha operado en nuestro país en el curso de cuatro siglos sin encontrar colmada culminación aún. Nuestra nacionalidad está en activo proceso de integración, al igual que nuestras expresiones culturales, aunque ya con propiedad y acierto podemos hablar de *cultura mexicana*.

El barroco hispano-mexicano como el churrigüesco, son auténticas manifestaciones del mestizaje indo-hispano en la época colonial. Alfonso Reyes como Antonio Castro Leal, en el terreno de la investigación literaria han puesto de manifiesto el proceso vital hondo y raigal de dos psicologías, dos naturalezas físicas y dos palpitaciones emocionales que,

al fundirse en la época colonial del virreinato, propiciaron el inicio de la integración cultural mexicana.

El mundo artístico europeo se conmovió ha poco ante lo para él insospechable y grandioso del arte mexicano en la exposición de París en el Museo de Arte Moderno. Casi dos milenios de historia artística en las diversas manifestaciones, dice al crítico y al simple observador juicioso que México posee un pasado inagotable de inspiraciones estéticas para el presente. Aun en el terreno de las investigaciones históricas, en el campo de la economía y la política, los historiógrafos nos hablan de los movimientos liberales, de las rebeldías indígenas y de las expresiones nacionalistas ya en el Virreynato, como germen naciente de la nacionalidad. El pensamiento liberal y las raíces de un filosofar inclusive de tendencias nacionalistas lo encontramos con expresión insuperable en Valentín Gómez Farías y en Melchor Ocampo, genuinos ideólogos y orientadores de dos grandes transformaciones históricas en nuestro país.

La escuela pictórica mexicana del muralismo contemporáneo constituye quizá el aporte más pleno y cabal de México al mundo en el terreno de la cultura. El muralismo mexicano con esas cumbres del arte que son Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, es la mejor evidencia de la fusión de pasado y presente; de aprovechamiento crítico del pasado y su incorporación a las tareas y problemas del arte contemporáneo. En él está presente la tradición riquísima de lo maya y lo tolteca, de lo mixteca y lo zapoteca, de lo azteca y lo totonaca, con técnicas y procedimientos masivos y arquitectónicos, con la técnica del fresco y el mural occidentales que viene del Renacimiento italiano. Mexicano y universal es el muralismo pictórico. Con el viejo barro de lo tradicional e indígena se modela no ya el ídolo ni el teocalli, pero sí la fábrica que impulsa la industrialización del país; ya no los ritos de los sacrificios humanos sino la explotación inicua del terrateniente y la vida crapulosa del capitalista parasitario.

En lo popular, de entraña revolucionaria, es necesario ver que pasado no es sólo folklore vernaculista, sino lucha por la tierra, por el pan, contra la miseria y contra las intromisiones imperialistas cuyos amagos son anteriores a 1847.

Han querido muchos concretizar dos símbolos histórico-políticos personificándolos en Cuauhtémoc y Hernán Cortés. La figura legendaria e histórica a un tiempo del último emperador azteca, vendría a simbolizar lo autóctono y privativo, lo intransferible y omnipresente, lo irrenunciable por emotivo y por vital. La figura del Conquistador sería símbolo para

México, de derrota y caída, explotación a manos del extranjero opresor, traición de algunos nacionales colaborando con el invasor, desolación y ruina de una cultura, muerte de tradiciones autóctonas y adopción compulsiva de cultos rituales, cultura, costumbres y lengua extranjeros, desfigurando la expresión propia.

Los dos representativos que pudieran personificar este dual simbolismo político-histórico pudieran identificarse, por la resonancia de sus trabajos culturales y las emociones cívicas despertadas por investigaciones o conducta política, con Eulalia Gumán y José Vasconcelos.

El indigenismo de una y el hispanismo del otro son los dos polos entre los cuales está el camino de la verdad en la pugna entre pasado y futuro de México en el terreno de la cultura. Para la primera, la nacionalidad como expresión cultural es cofre cerrado por colmado e insuperable; para el segundo, son sus propias palabras tomadas de su *Breve Historia de México*, es objetivo de desiderátum emocional de lo mexicano: "que no habrá patria mientras los niños de México no aprendan a derramar una lágrima sobre el sepulcro del Emperador Maximiliano de Austria..." Así no construiremos patria. Ni con el chovinismo indigenista ramplón ni con el extranjerismo traidor.

Dialécticamente ahí está la tesis y ahí está la antítesis. ¿Cuál es la síntesis? En el terreno de los símbolos históricos, la síntesis es la planteada por Héctor Pérez Martínez, en su obra de crítica histórica sobre el último emperador azteca.

No siempre tradición es concepto muerto. El pueblo de México posee hermosas tradiciones liberales y revolucionarias que son vigentes y actuales. Los ignorantes o pretensos nacionalistas reaccionarios tienen a flor de labio siempre, el repudio y el odio a lo *exótico*. No sería difícil demostrar cómo hasta las ideas liberales de Miguel Hidalgo y Costilla fueron de origen francés, bebidas en los enciclopedistas y cómo las ideas políticas estampadas en las constituciones de Apatzingán y Chilpancingo son el pensamiento político francés y el norteamericano. Hay lo exótico reprochable y suicida para México y lo exótico viejo o nuevo, aprovechable y fecundo si se sabe injertar en el tronco de lo mexicano y lo nacional.

El presente de México es fábrica donde con materiales del pasado, tanto propio como asimilado, construimos desde los bancos de las escuelas, el futuro de la patria. Es esa, la meta y ese el camino. La pugna entre pasado cultural y presente en función de futuro es una crisis dialéctica, que se superará en síntesis de mayores logros para la mexicanidad.

VII

DESTINO HISTORICO DE LA CULTURA MEXICANA

Algunos teóricos del cosmopolitismo apátrida, so color de un entendimiento internacional más íntimo y hondo, pretenden borrar las modalidades específicas de las culturas nacionales, creando una especie de cultura standarizada en que, las manifestaciones individuales quedan abo- en el curso de cuatro centurias de fusión étnica y cultural.

El cosmopolitismo resulta ser hoy día una bandera del imperialismo internacional para *desnacionalizar* la fisonomía cultural de los países que intenta sojuzgar. Como hay una resistencia contra las fuerzas imperia- listas en el terreno de la economía y de la política de los países, existe también en el campo de la cultura una resistencia inspirada en el más patriótico nacionalismo. La defensa de las modalidades culturales es para una nación cuestión de existencia como preservar su soberanía o conquistar su self-government en lo político y en lo económico. Los grandes consorcios financieros publicitarios en las revistas que tienen tirajes de millones de ejemplares, el cine de Hollywood y las llamadas *pocket novels* que invaden a millones nuestro país, constituyen evidentes modalidades de la lucha ideológica del cosmopolitismo por hacernos perder nuestra fisonomía inconfundible y lograda como proceso de mestización cultural en el curso de cuatro centurias de fusión étnica y cultural.

Otra de las modalidades singulares de la lucha ideológica del cosmopolitismo contra las culturas nacionales en tanto que vehículo y expresión de los ideales de cada país, es la pretensión de imponer el arte abstracto y purista. Es esa la explicación de que el muralismo mexicano —expresión de la Revolución Mexicana y de la época de crecimiento de la clase obrera— no sea precisamente el más apreciado por la crítica al servicio del imperialismo, sino la plástica abstraccionista como la de Rufino Tamayo por ejemplo.

Se pretende que México posea una mera expresión pintoresquista, de folklorismo de *mexican curios*, para la fotografía y las artes menores decorativas, mas no una plástica, una literatura y un pensamiento filosófico que, como superestructuras de su sociedad, reflejen con fidelidad las tareas históricas de su pueblo y sus grandes esfuerzos colectivos en la lucha contra el fanatismo, la miseria y la explotación feudal. Pero ade-

más, nuestro pueblo posee un claro y notorio espíritu anti-imperialista, producto legítimo de las cuatro invasiones imperialistas que ha padecido desde que se emancipó de España.

En el terreno pedagógico, nadie osaría hoy evitar el fomento de las diferencias individuales para standarizar la personalidad humana, borrando el sello distintivo de cada una. Hoy la pedagogía sabe conjugar lo individual con lo colectivo en armónica correspondencia de crear lo característico y común a base de la multivariiedad individual.

Acentuar con rasgos nacionales las modalidades de la pedagogía nacional sin ir a mendigar en las teorías que salen de Washington, París o Moscú, la solución a los males nacionales en forma ya hecha y reelaborada en el crisol de las ansias nacionales.

La pedagogía mexicana tendrá que nacer como expresión auténtica del alma nacional y de las tareas colectivas de México, de igual suerte al proceso histórico de la escuela rural mexicana.

En el alambique del alma nacional nacerá la floración cultural de México espigando en la cultura internacional lo injertable y válido para nuestro tronco étnico y cultural. El afrancesamiento de la época del porfirismo como el ayanquizamiento de hoy en las capas de la burguesía mexicana que niega a México y sus tradiciones, son posturas de traición nacional y de pérdida de las características que nos distinguen como pueblo.

El porvenir de la cultura mexicana es luminoso. Pero la vía única está en preservar el alma nacional de las deformaciones de la mala cultura internacional. En plástica, en musicografía, en coreografía, en artes decorativas e incipientemente en literatura, ya hemos obtenido logros de subido valimiento. Siendo estas expresiones auténticas demostraciones del mestizaje cultural que ha conservado lo autóctono e indígena sin humillarlos ni menoscabarlos, el camino se descubre para el destino cultural de México.

Pueblo que no preserva su fisonomía espiritual, sin nacionalismos morbosos pero también sin xenofobias suicidas y bárbaras, es ya una víctima propiciatoria de la colonización extranjera. Nuestra patria ha defendido con tesón heroico, con torrentes de sangre y sacrificios sin cuento, su *mutilado territorio* por guerras de conquista imperialista, mas el deber histórico en el terreno pedagógico como el de la cultura en general, es la defensa de sus tradiciones nacionales y su modo y tono culturales.

Es ese el destino único, pero además ineluctable de la cultura mexicana.

VIII

LO NACIONAL Y LO UNIVERSAL EN LA EDUCACION MEXICANA

Desde la época virreinal en que las expresiones culturales del dogmatismo escolástico van influyendo progresivamente en la estructura organizativa de la educación en México, obsérvase un creciente proceso de fusión. Al advenir la independencia, casi simultáneamente arriban a nuestras costas las prácticas inglesas de la enseñanza mutua o lancasteriana que, influye por varias décadas de manera activa en el progreso educativo. Las formas rudimentarias de enseñanzas técnicas, artesanales y manuales en que destacaron con subido relieve beneméritos religiosos españoles desde la época de la conquista con fines evangelizadores de proselitismo entre los indígenas, contribuyeron a incorporar a la población autóctona al dominio espiritual y feudal de la Iglesia y a injertarlos en los intereses de la monarquía española. Vasco de Quiroga y Pedro de Gante, entre otros, son auténticos conquistadores sin lanzas ni escudos.

El lancasterismo como sistema educativo cumple las apetencias de los inicios de la independencia en que el individualismo heredado de las revoluciones francesa y norteamericana, hace colaborar de manera constante a la iniciativa privada con el Estado en las funciones educativas, antes que el mismo conceptúe necesidad política vital el controlar la educación ideológicamente.

La introducción en México de la filosofía positivista, principalmente la francesa de Augusto Comte, según la historian Samuel Ramos, Leopoldo Zea y el propio Antonio Caso, constituyó una raigal transformación educativa en los diversos niveles y planos de la educación. El positivismo, prescindiendo de las disquisiciones teleológicas y axiológicas, ponía énfasis en el utilitarismo de la cultura y en ver el análisis filosófico como una original ciencia de las ciencias. Es, sin lugar a dudas, un antecedente del pragmatismo anglo-sajón, que en la Constitución de 1857, logró plasmar lo más medular de su doctrina en la reglamentación y doctrina educativa de México.

El positivismo fué la filosofía oficial del porfirismo. El llamado *Partido Científico* la adoptó también en el terreno de la política y como norma de la administración pública, en el periodismo oficial y en la perenne obsesión de tranquilizar la opinión pública con el lema de "paz y trabajo".

Los trabajos de Carlos A. Carrillo y del propio Manterola iban encaminados a la creación de un eclecticismo sui generis en materia filosófico-pedagógica, reflejo también del desmantelamiento que el positivismo de Comte y el mismo Spencer iban teniendo en Europa y Norteamérica.

El pragmatismo de John Dewey influyó en nuestra pedagogía nacional, cifiéndose de manera prepotente a la metodología didáctica de la escuela rural. No podía ni pudo haber influído en su contenido filosófico porque la educación mexicana postulada en el artículo 3º Constitucional era mucho más avanzada y progresiva que la preconizada en los libros del pedagogo yanqui que acaba de fallecer en New York.

La reforma del artículo 3º Constitucional en 1934, instaurando una sedicente *educación socialista* que no podía serlo en un país de estructura capitalista, pero que sin embargo sirvió eficazmente para la difusión y estudio del socialismo científico como doctrina económica, filosófica y política, introdujo en nuestra pedagogía el contenido teórico y la realización práctica del materialismo dialéctico e histórico, impregnando la técnica de la enseñanza que evolucionó hacia los métodos colectivos de manera más acentuada y dió énfasis a la intervención del sindicalismo magisterial como coadyuvante del progreso educativo.

No son todas estas las doctrinas filosófico-pedagógicas que han influído en nuestra educación nacional y que han llegado por aluvión a nuestra patria, porque inclusive puede señalarse el intuicionismo, el neokantismo y el historicismo, principalmente en la educación superior, mas téngase en cuenta que muchos de los exponentes y difusores de esas tesis doctrinarias como Francisco Larroyo, Antonio Caso y Samuel Ramos, son autores de numerosas obras didácticas de texto en las escuelas normales del país, con lo que influyen ideológicamente de manera notable en los maestros de educación primaria en contacto con el proceso pedagógico más esencial que es el primario. Por ello aunque sus realizaciones traducidas en prácticas educativas, en legislación pedagógica y organización escolar, no son profusas, es justo consignarlas como aportes ideológicos de la cultura universal a lo mexicano en educación.

Con la exaltación de Jaime Torres Bodet a la Dirección General de la UNESCO, es justo apreciar el hecho de que México es un impacto en la cultura mundial. Sus realizaciones pedagógicas, principalmente su sistema de misiones culturales, su campaña alfabetizante, sus técnicas de educación extra-escolar y el papel relevante de su escuela rural en la evolución social del país, reciben el aplauso y el estudio atento de los pedagogos más progresistas de Europa occidental.

La erección en México del Centro de Pátzcuaro, para la preparación y adiestramiento de profesores de adultos y elaboradores de material didáctico, es otra evidencia del reconocimiento del papel aportador y progresista de la educación mexicana.

Con todos los aportes de la ciencia pedagógica internacional, México ha acendrado la entraña misma de su sistema que es inconfundible. México inclusive ha influido sobre los países de Latinoamérica que, teniendo análoga estructura económico-social a la de nuestro país, han visto en la escuela mexicana un paradigma aprovechable para la solución de sus propios problemas nacionales educativos.

Esto se patentizó en la Conferencia de Ministros de Educación realizada en Panamá en 1943 y en la Conferencia de Educación Fundamental realizada por la UNESCO en la Habana y en Lima. Es que en un proceso fecundo de asimilación, México ha sabido captar las realizaciones, y sin exotismo ni trasplantes mecánicos, las ha incorporado a nuestras necesidades, hijas de las tareas actuales de nuestra historia.

El credo nacionalista y patriótico, la lucha contra las fuerzas extranjeras extorsionadoras de pueblos, el fomento y promoción de la reforma agraria y el bienestar rural, la dignificación de lo indígena como antecedente nacional y factor consustancial de la cultura nacional, el respeto a la persona humana sin distingos raciales ni clasistas, el laicismo funcional en la educación y la cultura, la atención a la culturización de los grupos indígenas respetando sus fisonomías específicas en lo lingüístico y lo cultural, son rasgos distintivos de lo que México ha destilado en su propio alambique como procesos sociológicos de su cultura y su economía.

Es la educación mexicana, la más lograda expresión de educación nacional por su forma y hondamente humanista y democrática por su contenido entre los países de regímenes sociales similares al suyo.

Aun tiene nuestra patria tareas solubles a grandes perspectivas en materia educativa y cultural, mas es justo para la crítica, señalar el rumbo —que es cierto— y las realizaciones que son notorias.

IX

UNA CULTURA DEMOCRATICA AL SERVICIO DEL PROGRESO DE MEXICO

Al hallazgo y valoración justa de lo vernáculo implica la solidaridad con lo universal. Por ello la cultura mexicana siendo nacional en su forma, finca sus vínculos con lo universal y constituye una rama suya.

Superestructuras todas las manifestaciones culturales, ellas impulsan el progreso social y experimentan todas las vicisitudes de la base. Por ello la cultura y la educación de México han venido sirviendo históricamente los cambiantes y mutables intereses puestos como ideales en las diversas etapas.

El etnólogo y el demógrafo, el sociólogo y el economista, coinciden en la estimación de insolutos problemas colectivos en nuestro país. Son unos sanitarios y otros educativos, unos netamente sociales y otros de índole cultural, mas todos tienen la misma raíz y el mismo origen: el económico. México es un país potencialmente rico, potencialmente capaz de sostener plenamente una población que sea el triple de la actual. Si bien no será jamás un país agrario de primera, posee recursos insospechables para ser un gran país industrial moderno. En esa misma medida su desarrollo social y cultural marcará metas cada vez más amplias en su evolución y su cultura cobijará a la totalidad de sus hijos.

Es innegable que aún la educación y la cultura no están repartidas universalmente en México. Es evidente que la alta cultura universitaria es todavía privilegio y coto cerrado en lo general. Las artes plásticas, la música, la coreografía, el libro y el cinematógrafo, con indiscutibles e innegables avances por acercarse en sus más óptimas expresiones al pueblo, aun no llegan a todas las capas sociales y siendo México en su 65% estadísticamente un país de población rural, el agro y ni aun las poblaciones medianas reciben ese aporte.

Los impulsos patrióticos de la Campaña Alfabetizante no han podido resolver el pavoroso problema del analfabetismo de manera cabal ni los aumentos crecientes en los presupuestos de la Secretaría de Educación brindar oportunidades educativas a la totalidad de los niños de edad escolar. Esto es sólo en lo que atañe al aspecto cuantitativo del problema educativo y cultural de México.

El periódico, la radio y el cinematógrafo, insuperables vehículos culturizantes de las grandes masas, son en México, sin desconocer excepciones meritorias, un arsenal de chabacanería, insulsez e impulso a la morbosidad además de desorientar la opinión pública, la visión objetiva de los problemas y servir los intereses más reaccionarios y a veces antimexicanos. La literatura de más circulación en el pueblo que rudimentariamente lee, es la pornográfica de novelitas *rosas* o los mil veces inmundos *pepines* que inficionan y corrompen la conciencia hasta de los niños. Y aunque se han creado organismos intersecretariales de las Secretarías de Gobernación y la de Educación para la supervisión de películas y publi-

caciones, unas y otras, el teatro frívolo de vodevil y de *exóticas* contorsionantes, los cabarets que montan pésimas y grotescas exhibiciones, etc., son parte determinante en la ruina moral de amplios núcleos de nuestro pueblo, principalmente de la juventud.

Este podría ser titulado un balance cualitativo al realizar una apreciación crítica de la calidad de elementos culturizantes que se les provee a grandes sectores nacionales que padecen la indefensión y el abandono. La problemática cultural para México es cuantitativa y cualitativa. La interrogación certera o precisa sería: ¿cumple a plenitud la cultura mexicana los objetivos históricos de su pueblo?

Una evidencia incontrastable sería la de afirmar que en la educación mexicana, por mandato constitucional, encontramos elementos altamente positivos por el contenido filosófico que plantea el artículo 3º; mas es justo afirmar que, en los últimos años, la orientación laica y anti-imperialista ha sufrido sensibles retrocesos. La escuela particular como institución social al servicio de la comunidad, perpetúa en lo general prejuicios sociales y los ahonda, se aleja del culto patriótico y el análisis científico de las leyes de la naturaleza y la sociedad y hasta sirve en los casos particulares de las escuelas de algunas colonias extranjeras radicadas en el país, para alejar psicológicamente del pueblo mexicano y su fisonomía espiritual a niños que, por haber nacido en México aunque sean hijos de extranjeros, son mexicanos constitucionalmente hablando.

Educación y cultura tendientes a perpetuar privilegios de clase y menoscabar la grandeza histórica de los próceres de la patria, no puede cumplir su alta función de integradoras nacionales y unimismar las aspiraciones medulares del pueblo de México hacia las metas de justicia social que constituyeron las aspiraciones substanciales de prédicas teóricas y prolongado afanar patriótico.

Los grupos y nacionalidades indígenas que poseen perfiles definidos en lo cultural y en lo social, sufren aún distorsión en la cultura que rudimentariamente se les imparte. Hasta hace muy poco tiempo, por resoluciones del Congreso Indigenista de Pátzcuaro y las conclusiones del celebrado en el Cuzco, Perú, hase establecido entre los pedagogos y políticos de la educación que, las lenguas indígenas y las tradiciones culturales autóctonas constituyen un tesoro cuya grandeza es necesario preservar.

No podrá ser cultura democrática y universal la que no sirva los intereses de todas las clases sociales sin distingos económicos, raciales ni de otra índole que segregue y discrimine. La cultura mexicana, y con

ella sus ciencias pedagógicas, podrán sólo servir la causa del progreso de México, siendo pabellón que a todos cobije y palanca resolutora de los problemas nacionales de toda índole, desde los lingüísticos hasta los religiosos, pasando por los estéticos y entroncando con el denominador común de la problemática social que son los económicos.

Abogamos por una educación y una cultura auténticamente puesta al servicio del pueblo mexicano y que impulse las actuales tareas que no pueden ser esquivadas so pena de traición nacional: defensa de la soberanía patria contra las pretensiones del imperialismo de colonizar a México; industrialización de sus recursos nacionales frente a la errónea tendencia de algunos economistas nacionales y las presiones del capital monopolista extranjero de mantenernos como país productor de materias primas para nutrir la industria de los países industrializados; avance social progresivo y científico frente a las fuerzas retardatarias del fanatismo religioso aliado de los terratenientes y de las peores tendencias anti-mexicanas que desembocan en la traición y el servicio a las fuerzas enemigas de la integridad mexicana.

Como las agencias educativas extra-escolares poseen la extraordinaria capacidad de educar simultáneamente a grandes masas populares, una cultura auténticamente democrática en nuestro país habrá de emplear al teatro y al cinematógrafo, al periódico y a la música sinfónica, al ballet, a la radio, a la televisión, a ediciones de millones de ejemplares de los mejores autores mexicanos y extranjeros, como vehículos y palancas poderosas de desfanatización y de incorporación al alma nacional de las minorías indígenas y las clases menos enraizadas en lo mexicano que son las capas de alta burguesía.

Una cultura democrática al servicio del progreso de México, además, incorporará al acervo cultural nacional los logros más eminentes de la investigación científica extranjera y las aportaciones pedagógicas de todos los rumbos de la tierra sin extranjerismos que denoten complejos colectivos de inferioridad pero tampoco sin introversiones suicidas de ver, a usanza del fanático budista, en la contemplación del ombligo propio, las más altas calidades y los logros definitivos del saber humano que está en perenne evolución y contemplándose con el aporte de todas las razas y pueblos de la tierra al ser la cultura un patrimonio indivisible del género humano.

Podríamos hacer un símil cultural empleando la evolución experimentada en México con la pintura. De la vieja y arcaica concepción de la pintura preciosista y burguesa de caballete, hecha para el recreo egoís-

ta de propietarios individuales con pinacotecas privadas, el genio del muralismo pictórico de Diego Rivera, José Clemente Orozco, José Chávez Morado, Xavier Guerrero y otros más, bebió en la fuente eterna de los logros mayas, toltecas y aztecas, en sus frescos murales y sus inscripciones rupestres para crear la más alta manifestación democrática de la pintura: aquella que no es privilegio de ricos y coleccionistas sino que creada sobre los muros de los edificios públicos que son patrimonio del pueblo, sirven para la educación estética de las amplias masas.

La cultura democrática y universal puesta al servicio del progreso de México por la que abogamos, sería —aquí aplicamos el símil— una cultura mural totalizadora e integralista que, no permitiese el murallón de las diferencias clasistas para gozarla e incorporarla al acervo individual, una cultura profundamente mexicana por su forma y raigalmente democrática por su contenido promotor y dinámico para la evolución económica, social y espiritual de nuestro pueblo.

X

LAS REIVINDICACIONES DE LA MUJER DE UNA CULTURA MEXICANA DEMOCRÁTICA

Al examinar los problemas sociológicos contemporáneos, vinculados inextricablemente con la economía y la cultura, pudiéramos afirmar que el agua regia para conocer la entraña misma de un régimen social es la actitud que observa respecto de los derechos y reivindicaciones específicas de la mujer. Concomitancia y muy estrecha existe entre el trato que la sociedad da a la mujer, la solicitud con que la atiende en sus modalidades de ciudadana y de madre para calibrar la esencia de la sociedad en sus aspiraciones colectivas y en sus realizaciones.

Sociólogos, economistas, filósofos y pedagogos convienen —cuando son honestos en sus juicios— en que la mujer padece en México aún tradiciones esclavizantes, humillación social y carencia de derecho. Víctima propiciatoria de los prejuicios y convencionalismos sociales y religiosos que entroncan con la supeditación feudal, la misma Constitución Política que fue avanzada de seculares aspiraciones nacionales, no la reconoció hasta ha poco como ciudadana del Estado. Es una eterna menor de edad sometida a la tutela perenne y a la dependencia inclusive espiritual. Pese a las recientes reformas constitucionales merced a las cuales disfruta de

rango ciudadano —aunque evidentemente sea una conquista—, todavía padece humillación político-social.

Un régimen democrático auténtico es aquel que considera a la sociedad como unidad indivisible en todas sus manifestaciones cívicas, económicas, políticas y culturales. Mitad demográfica de la nación, la mujer mexicana —que dió las expresiones supremas de Sor Juana Inés de la Cruz, Leona Vicario y Josefa Ortiz de Domínguez— es productora en las tareas agrícolas, industriales y mercantiles; es creadora en las ciencias y en las manifestaciones artísticas; constituye en datos censales de 1952 el 78% de los trabajadores docentes de la República y se incorpora crecientemente al mismo proceso de industrialización nacional calificándose como técnica en las escuelas y facultades del Instituto Politécnico Nacional y de la Universidad Nacional Autónoma.

Anticientíficos prejuicios de origen esclavista y feudal siguen pesando en amplios sectores intelectuales nacionales al pretender hablar —siguiendo a los precursores fascistas, Schopenhauer y Moebius— de la inferioridad intelectual de la mujer. La misoginia que en concilios y cónclaves religiosos transmitió desprecio a la mujer, no obsta para que múltiples sectas religiosas pretendan utilizarla y en definitiva la utilicen como vehículo de transmisión ideológica en el seno del hogar y en la sociedad misma.

Sus oportunidades de trabajo son menores que las del varón, concurre menos a las escuelas primarias, recibe menos la transmisión difusa del medio; a duras penas logra vencer el círculo de hierro que la rodea en la producción intelectual y está marginada casi como mera espectadora pasiva en las tareas de la política nacional que a todos los hijos de México concierne. En el 4 de julio de 1952, ya en vísperas de los comicios nacionales, la Comisión Federal Electoral informaba por labios del C. Secretario de Gobernación que en el registro nacional de electores, base de la elección misma, acusaba el número de 4.925,090 ciudadanos poseedores de credenciales de elector, lo que representa el 85% del total de individuos con derecho a sufragar. Si se considera que la población actual de México es de 27.663,385 habitantes se concluye que solamente resuelve lo que a todos compete y es patrimonio indivisible de todos el 17.79% de la ciudadanía. ¿Puede entonces hablarse de plenitud democrática?

Los reaccionarios solían preguntar: ¿Qué sería de México si tuvieran voto las mujeres? El pensamiento progresista contesta con otra interrogación: ¿Qué ha sido de México votando solamente los hombres? No parece que el ejercicio del sufragio en México —en que sólo han partici-

pado los hombres— se haya efectuado hasta ahora con racional responsabilidad ciudadana; han intervenido el fraude, el cohecho, la venalidad y el acarreo inconsciente de amplios sectores en irracionales rebaños de electores movilizados por el fanatismo o por la coacción. Es evidente que sería pueril esperar un cambio súbito y radical por el solo hecho de la participación femenina en los comicios nacionales, porque la madurez cívica y la educación política son obras que sólo culminan con el ejercicio constante, mas los destinos nacionales no estarían solamente gravitando sobre un sector sedicentemente fuerte y depositario de la herencia social.

En la Revolución Mexicana, epopeya que conmovió hasta los cimientos la sociedad, la mujer jugó su papel con osadía, resolución y firmeza; rebajar el papel que cada quien desempeña en la sociedad es de ignorantes. El papel social de la mujer como madre y como ciudadana de una sociedad que tiene la misma relevancia que el que juega el hombre inclusive como combatiente. No son expresiones románticas las de afirmar que el azote de la guerra, lacra y vergüenza de la civilización humana, no restallarían sobre el mundo si la mujer tuviese participación efectiva en desencadenar los conflictos guerreros que llenan de desolación y ruina a los pueblos y a las almas.

Cuando la ONU establece en su seno uno de los organismos especializados para tratar específicamente los problemas de la mujer, es claro que el papel social de la misma es determinante para los países civilizados y progresistas. Una cultura que no cuente con facilidades de distribución y disfrute igualmente para todos, es una cultura fragmentariamente democrática y con graves deficiencias.

Augusto Bebel, en su obra colosal intitulada *La Mujer: su Pasado, su Presente y su Porvenir*, hace la aseveración de que sobre ella pesa una doble cadena: como trabajadora y como mujer. Por ello no son sólo las reivindicaciones políticas meramente las que dan tónica democrática a una cultura ni a un régimen, sino también el derecho al trabajo, al descanso, al seguro contra la enfermedad, la vejez y el desempleo, el salario igual por trabajo igual, la previsión social, la protección como madre y la defensa de la infancia, misma que está unida a la mujer por razones biológicas de una manera más determinante que al hombre.

Frente a la tradición política, social, cultural y religiosa que ata a la mujer, el ideal más noble de progreso de nuestro pueblo democrático y revolucionario es incorporar a la mujer a la plenitud ciudadana, porque sin incorporar a la mujer en forma rotunda y categórica a la equiparación con el hombre, México no podrá progresar. La corriente bur-

guesa feminista desnaturaliza las luchas reivindicativas de la mujer que no debe imitar al hombre sino complementarlo; no es la vía de la masculinización morbosa, la solución para la liberación femenina como no es el afeminamiento en el hombre la manera de abandonar el *machismo* cavernario y hacerse delicado por civilizado. Las aspiraciones auténticas, con médula popular progresista son hacer accesibles a la mexicana los goces y valores espirituales elaborados por la sociedad mexicana en toda su historia.

Las recientes investigaciones ontológicas realizadas en México, coinciden en revelar que, una de las deficiencias fundamentales de los hábitos y la psicología del mexicano es la subestimación de la mujer de quien se ve obligado a exigir lealtad, sumisión servil y complacencia irracional, sin exaltarla a la categoría de igual ante la vida y la sociedad. Hijas estas taras de la tradición feudal en que hemos sido educadas las mujeres de México, nuestra función social de defensoras de valores entrañables humanos como son la paz y los niños, merced al innegable y constante progreso de México, nos hará copartícipes equiparadas no sólo de los deberes sociales sino de los derechos correlacionados con aquellos. Es ese porvenir ineluctable de la sociedad mexicana hoy escindida por mitad, porque la presencia simbólica de unas cuantas mujeres en cargos públicos, es también una engañifa.

XI

EL MAESTRO MEXICANO COMO IMPULSOR DE LA CULTURA PROPIA Y DEMOCRATICA DE MEXICO

En la medida en que el maestro se sepa ubicar socialmente conociendo sus derechos como trabajador de la cultura, definirá también con nitidez sus deberes de resonancia social. Sabiendo que no es funcionario de ningún gobierno sino funcionario de la sociedad toda que lo paga para dinamizar su progreso y ascenso cultural, el maestro será más plenamente un transmisor consciente de los valores espirituales que promueven la civilización.

El maestro mexicano no esquivó jamás su deber señero y ora en los movimientos bélicos de la Revolución de 1910, ora en las campañas en que toda la sociedad se interesó, desde los problemas agrarios hasta la

conservación de los recursos nacionales, desempeñó con patriotismo su cometido.

Durante la jornada gloriosa de la educación socialista tras la reforma constitucional de 1934, el magisterio rural fue mártir y héroe en la lucha reaccionaria de los enemigos del progreso de México. Inmolidos bárbaramente por los fanáticos trogloditas, nuestros rurales inscribieron sus nombres en el martirologio patrio.

Desde 1922 en que la educación rural cobra impulso formidable con el fomento que de ella hizo el presidente general Plutarco Elías Calles, el magisterio rural se vincula a las comunidades agrarias, impulsa las reivindicaciones ejidales y es un cruzado patriótico del bienestar de nuestro pueblo.

Ligado con la expresión más auténtica del pueblo de México, en las serranías y en los valles, el maestro mexicano, acendró su mexicanidad en contacto con el dolor de los indígenas, con las luchas agrarias, con el arte popular en sus expresiones musicales, coreográficas y decorativas. El maestro fue impulsor de festivales patrióticos en que se exaltó la fecha memorable del héroe y del acontecimiento memorable, impulsó los festejos de honda devoción a la madre y al niño y fue, en suma, un promotor de la integración del alma nacional.

Hijo del pueblo, de extracción obrera o campesina, el maestro mexicano es abanderado heroico de la unidad nacional sin extorsiones ni discriminaciones ominosas; es hélice motriz de las mejores realizaciones de la Campaña Nacional contra el Analfabetismo y modelador del alma infantil en los ideales y aspiraciones nacionales.

El maestro mexicano, independientemente de la política educativa en turno, independientemente de los funcionarios y autoridades transitorios de la educación, es el único impulso constante y firme en la integración más eficaz de la cultura nacional de México, que no habrá de nacer en los gabinetes de los teóricos contemplativos y ni siquiera en las aulas universitarias sino en el crisol del pueblo y de sus angustias vitales. Por ello, sin perjuicio de lo inadecuado de planes y programas, sin perjuicio de errores teóricos en el hecho educativo de México, es su maestro lo permanente y lo definitivo.

La organización sindical de los maestros también es un factor prepotente del progreso educativo cuando con nitidez e independencia cumple sus objetivos y en este aspecto no son pocas las conquistas que para México puede aportar el sindicalismo magisterial. La auténtica historia pedagógica debe exaltar las contribuciones que a la educación democrá-

tica realizan los maestros organizados en los diversos países. Esto exalta el papel desempeñado por los maestros como auténticos promotores de la cultura nacional y del contenido democrático educativo.

Bien ganado prestigio tiene el magisterio mexicano entre sus colegas de América. No ha sido un mero transmisor de conocimientos muertos y vacíos sino un activo promotor de logros colectivos de nuestro pueblo. Es evidente que es el salario insuficiente y de hambre el que actualmente devenga en relación con el costo de la vida; es innegable que el derrotismo pasivo y conformista invade a algunos sectores magisteriales; es indudable que el liderismo político-sindical mal entendido, logrero y especulador ha corroído a no pocos y que principalmente en las escuelas particulares, no pocos maestros son vehículo propicio —por razones de coacción económica— para la perpetuación de fanatismos insultantes y la difusión de ideas contrarias a la nacionalidad mexicana, mas pese a ser todo ello notorio e innegable, el maestro mexicano se salva todavía por su mexicanidad acendrada y sus impulsos de fomentador de la cultura propia y democrática de nuestro país.